

Gastón García Cantú, al servicio de México*

RENÉ AVILÉS FABILA

La muerte de Gastón García Cantú produjo una oleada de dolor y de sentimientos encontrados: no es posible sustraerse al fallecimiento de un mexicano excepcional, notable por su obra y su vida ejemplar. Las reacciones fueron diversas y en ningún caso hubo desinterés. Los medios dieron la noticia y articulistas, ensayistas, periodistas y escritores en general externaron opiniones que reflejaban la pérdida irreparable que había sufrido el país. Entre las muchas opiniones y comentarios destaca la del científico Eduardo Césarman, quien dijo con exactitud que Gastón había sido un profundo y rendido enamorado de México: tenía “una profesión: amar a México”. Y ello, añadido yo, no es poca hazaña entre la ruina moral que padecemos. En efecto, México fue su gran pasión, quienes lo conocimos y estuvimos cerca de él por diversas razones, lo sabemos. Le preocupaba en consecuencia el avance de la derecha, la globalización, la prepotencia norteamericana y el desplome de los valores nacionales. Para argumentar, inalterablemente recurría a su poderosa inteligencia y a su cuidadoso conocimiento de la historia. Si en materia histórica su conocimiento era poco común, en literatura llegaba a sorprendentes niveles. Era, en esencia, un crítico literario. Es verdad, su atención se centraba en el estudio

del pasado para analizar el presente y vislumbrar el futuro, pero no podía ser distante de sus orígenes literarios. No olvidemos que Gastón arranca su camino hacia la notoriedad con un libro de relatos francamente hermoso: Los falsos rumores. No sólo ello, su amistad con el poeta Rubén Bonifaz Nuño estaba justamente cimentada por el amor de ambos personajes hacia dicha manifesta-



ción artística. Su prosa excelente y de enorme elegancia prueba que nunca abandonó su pasión por la literatura. Recuerdo un desayuno hace muchos años donde estábamos Rubén y yo con Gastón. La plática se centró en la literatura del siglo XIX y principios del XX. Fue un día mágico. Gastón habló como pocas veces (lo he consignado en mi libro de memorias Recordanzas) de novelas y poemas. La mañana dio paso a la tarde, oscureció y en la noche Gastón nos había dado un repaso por el mundo desconcertante y prodigioso de las letras. Rubén y yo, como en la conocida broma de Jorge Luis Borges y Juan José Arreola, pudimos intercalar algunos silencios.

Gastón era un hombre generoso, distante de envidias y muy pasional. Creía en la palabra impresa. Si en el ensayo vemos la presencia de un hombre profundamente nacionalista que analiza con cierta frialdad los hechos, en el periodismo era demoledor. Argumentaba con profunda cultura y encontraba los defectos del sistema, de los partidos y de los líderes con implacable frialdad. Sabía que el fundamento del periodismo es la crítica y allá iba con irremediable inteligencia. Más de una vez se vio envuelto en grandes polémicas y por ese periodismo honrado y agudo, siempre crítico, Gastón se alejó de amigos y colegas, se creó enemigos y también muchos amigos y admiradores que lo miraban desde la distancia que él permitía.

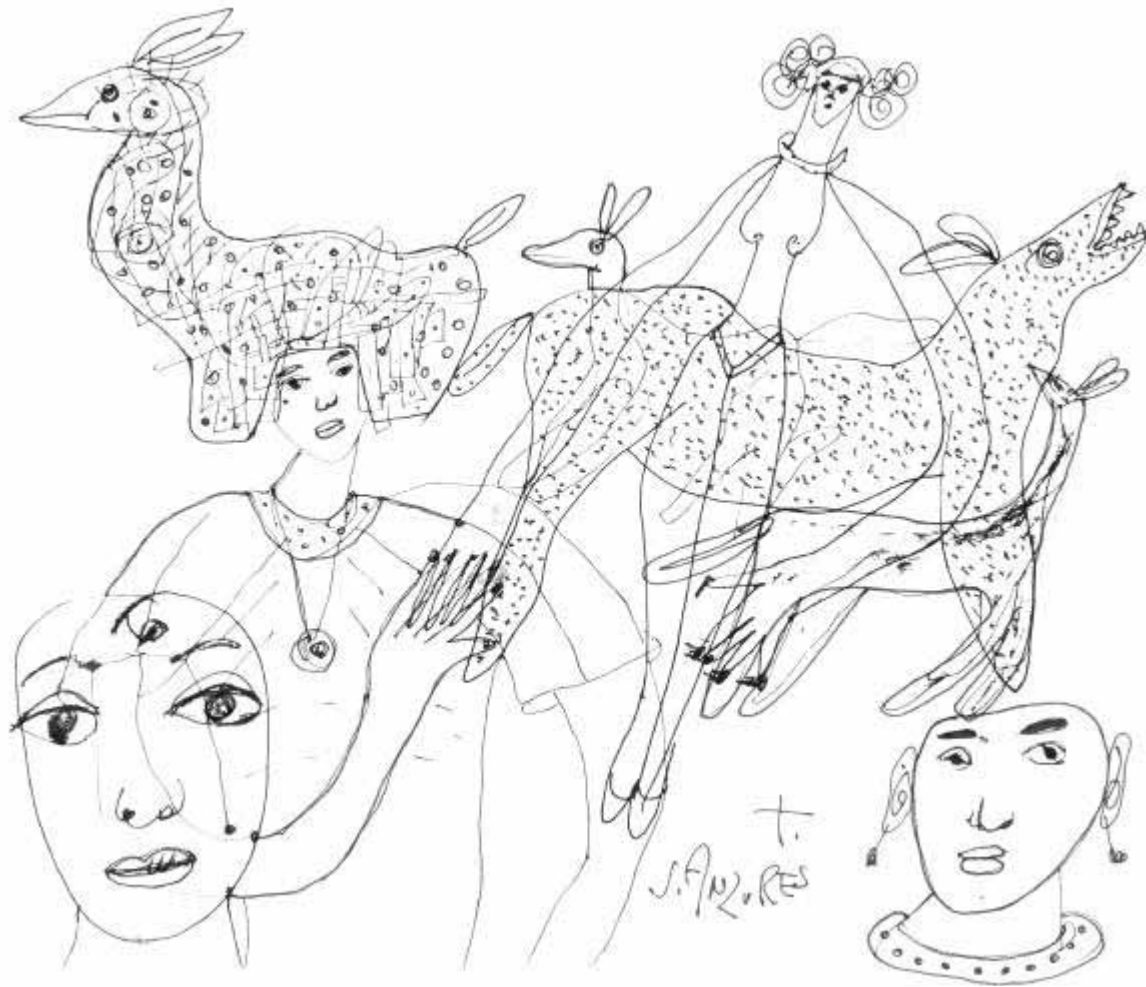
La obra de Gastón es formidable y supone un gran número de páginas, páginas de inteligencia, cultura y amor por la patria. En tal sentido, nunca estuvo lejos de un pensador de la estatura de Vicente Lombardo Toledano, como él, poblano ilustre, como él, decidido enemigo del imperio y sus atrocidades, como él un hombre en búsqueda de un México más justo y equilibrado.

Gastón García Cantú estuvo cerca de las grandes personalidades del país, las trató. Su relación con Fernando Benítez fue intensa y sólo se acabó porque el primero estaba distante de la frivolidad del segundo, porque Gastón era de una pieza y no creaba lealtades

profesionales sino amigos cercanos al corazón. Con Alfonso Reyes fue asimismo una relación próxima, pero en este caso, Gastón veía a Reyes como el maestro de las letras que fue, al hombre sabio e incapaz de hacer daño, mientras que con otro personaje, Jesús Reyes Heróles, lo ligó el afecto y la admiración (ambos habían escrito obras fundamentales de historia), pero lo distanciaba la adicción al poder del brillante funcionario.

Gastón nació en Puebla en 1917 y murió el 3 de abril de 2004. A pesar de diversos estudios formales, bien podría decirse que fue un autodidacta brillante y agudo, libros como *Utopías mexicanas*, *El pensamiento de la reacción mexicana*, *El socialismo en México en el siglo XIX* y *Las intervenciones norteamericanas en México* lo convierten en un clásico de la historia. Como periodista no hubo otro, su trabajo en México en la cultura (*Novedades*) y en *La cultura en México* (*Siempre!*) y más adelante sus artículos editoriales en *Excelsior* y *Proceso* lo muestran como una analista crítico del sistema, feroz e inteligente, apasionado como pocos. Su enorme cultura era puesta al servicio de la reflexión política y sus artículos eran en verdad ensayos de enorme profundidad.

Lo conocí alrededor de 1964, cuando fui a entrevistarlo en su posición de director general de Difusión Cultural de la UNAM. A partir de ese encuentro y de una fallida entrevista para *El Día* de Enrique Ramírez y Ramírez, comenzó una cordial amistad distante que se hizo más intensa cuando vivimos en el mismo rumbo. Desde hacía años, todos los viernes nos reuníamos en la casa de Enrique Mendoza a desayunar. Siempre era una delicia escuchar a Gastón: brillante, de prodigiosa cultura, mezclaba su erudición con el amor a México, con una rara generosidad y un grato sentido del humor que se traducían en risas sonoras y amables. Varios de mis libros, incluido el más reciente, una novela, fueron leídos y comentados por él, mi deuda a sus observaciones es enorme. Fallece cuando estaba por concluir este prólogo a un libro suyo para el Centro de Estudios Filosóficos,



Javier Anzures

Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano: Temas mexicanos. Por desgracia, mi amigo y maestro ya no lo vio terminado como era mi propósito.

Gastón vivió ajeno a los reconocimientos, hasta donde era posible los evitaba con elegancia. Como nadie mereció premios, pero el poder en México es mezquino cuando el intelectual o el artista son distantes, incorruptibles y críticos. Se inició, en efecto, en la literatura con *Los falsos rumores*. Pero pronto requirió del ensayo para darle rienda suelta a sus estudios y análisis históricos, para llegar a un periodismo de muy alto nivel que le valió respeto y asimismo animadversiones. En radio fue un brillante maestro y a lo largo de varios años, en el Instituto Mexicano de la Radio, trató los grandes temas

nacionales, lo hizo con voz pausada, reflexiva, pero asimismo contundente, cuyos argumentos en pro de la patria y de sus mejores páginas eran imbatibles. Con frecuencia tocó el tema de los energéticos, le irritaba la sola posibilidad de imaginarlos en manos privadas y extranjeras. Al respecto recuerdo una comida en Los Pinos a la que nos invitó Vicente Fox. Su intervención fue pequeña y se centraba en el petróleo, le dijo al presidente que la corrupción no sólo estaba en el Estado sino también en los empresarios y que en consecuencia Pemex debería estar en manos estatales eficientes y honestas. La respuesta del mandatario, como es posible imaginar, fue una insostenible defensa de la iniciativa privada. Gastón una y otra vez centró sus preocupaciones en el

futuro de nuestro país, le dolía México, le preocupaba el fortalecimiento del conservadurismo, el abandono de los ideales revolucionarios y la entrega del país a Estados Unidos. Su honestidad lo hizo abandonar cargos y tareas para al final concentrarse en los valores nacionales. De este modo aparecieron libros como *Conversaciones con Javier Barros Sierra*, *Cruce de caminos* y *El desafío de la derecha*.

Gastón García Cantú fue un mexicano ejemplar, quizá por ello no fue cabalmente entendido. Su gran amor, México, no le correspondió. Él prefirió no darse por aludido y centró su trabajo en la historia y en la reflexión política. Fue un hombre discreto y honrado. Alguien que creyó cabalmente en la inteligencia y la cultura. Sus libros son obras ya clásicas y permanecerán dentro de lo mejor de México. En la medida en que el país se distancie de valores ficticios, inventos del poder y de los medios, Gastón y sus brillantes páginas le dirán al futuro cuáles fueron las grandes luchas nacionales y cómo se libraron.

¿Pero qué clase de historiador era García Cantú? No dejemos de lado que algunos de sus enemigos, los más enconados, le negaban tal faceta.

Gastón concebía la investigación histórica como un arma para evitar los errores del pasado. Estaba en tal sentido más cerca de Maquiavelo, quien señaló: “Los historiadores refieren con detalle ciertos acontecimientos para que la posteridad pueda aprovecharlos como ejemplos en idénticas circunstancias”, o de Ortega y Gasset: “Quienes no recuerdan su pasado están condenados a repetirlo”, que de Goethe que afirmara: “Escribir historia es un modo de deshacerse del pasado”. Gastón jamás pensó en deshacerse del pasado, estaba allí y aquí, entre nosotros, que somos un resultado de esos hechos y en consecuencia deben ser analizados desde los orígenes. Su trabajo fue un ejemplo de historia científica, para la que puso en práctica un método semejan-

te al utilizado por Marx y por varios de sus seguidores, Lenin y Trotski entre ellos.

Según Ferdinand Braudel, el trabajo de un historiador implica una dificultad especial: trabaja sobre lo que no existe y así enfrenta un doble reto: recomponer un pasado sobre el que no tiene todos los elementos y un mundo al que no perteneció. La historia así formulada, es una historia creada por el historiador. Así considerado, el historiador es como el novelista, porque crea también la vida, y la crea sobre el plano de lo que es para él su propia verdad.

Consecuentemente, en este proceso se distinguen dos tipos principales de historiadores: los que son sólo de nombre, los historiadores eruditos que recopilan datos y más datos pero que nunca se atreven a romper esa rutina. Acumulación informativa y repetición mecánica es su divisa. En cambio, los otros historiadores, son aquellos para quienes la cantidad de datos es irrelevante, lo que importa es analizar y reflexionar sobre los procesos, los personajes, los hechos, desde su propia visión, a partir de su propia interpretación. En suma, no es lo mismo sumar el mayor número posible de datos que reconstruir la historia a partir de los datos.

El historiador no necesita de una técnica especializada, de una metodología específica, de una terminología exclusiva. La profesión de historiador no es como la de un médico, un abogado, un músico. Es más libre pues responde a menos ataduras. A pesar de que en el ámbito histórico, como en el de las ciencias sociales en general, se han desarrollado diversas escuelas: la historicista, la de los anales, la de las mentalidades, etcétera, la historia misma no emplea un vocabulario exclusivo. Se hace a partir del lenguaje común y corriente. Sin duda Gastón García Cantú quedaba inscrito dentro de ésta o de una definición semejante.

Ahora, ¿cuál es el papel que desempeña la universidad para la formación de los historiadores? Esta pregunta es importante ya que Gastón García Cantú le

entregó sus mejores años a ella, a la UNAM. En 1968 estuvo cerca de Javier Barrios Sierra, tanto, que escribió un libro sobre él en esos difíciles meses, una obra fundamental para el conocimiento de aquella legendaria revuelta estudiantil, sin dejar de lado las clases que impartió en la Facultad de Ciencias Políticas, donde conserva su prestigio como parte de una leyenda de grandes maestros. Pero lo más importante es el resultado del amor-pasión que Gastón tuvo por la UNAM y por la universidad pública en general, instituciones a las que les concedía una función básica en el desarrollo del México moderno.

La UNAM cumple el papel de acercar a los historiadores a una mayor sistematización y optimización en su investigación, pero en realidad, ser historiador es casi un don. Se requiere, como en el arte, de una percepción especial. Poseer un sentido crítico y analítico que no siempre puede desarrollarse a partir de la cátedra. La universidad proporciona información, técnica, método, pero la verdadera cultura histórica no se adquiere con los manuales ni mediante fórmulas. El oficio del historiador se aprende en la práctica, en la investigación, y gracias a la pasión que nace con la alegría del hallazgo o como resultado de la decepción ante un fracaso en la búsqueda del pasado.

Hoy en día existen miles de bancos de datos que agilizan y resuelven innumerables problemas que en el pasado debía enfrentar un historiador. Por tanto, hoy más que nunca, el historiador debe tener la sensibilidad de rastrear el hilo o los hilos conductores de la historia que subyacen a lo dicho y lo escrito. Pero eso, no es algo que se aprenda y se aplique en una universidad. Es algo propio, es una cualidad que ha de descubrir en sí mismo el que quiera ser historiador, ya que todo historiador no hará, sino una proyección de sí mismo al investigar, pues será a partir de su propia entidad, de sus propios valores y criterios, en suma, desde su propia cul-

tura, que analice al pasado y ofrezca de esta manera su propia visión de la historia.

La universidad ofrece múltiples herramientas, actualmente favorece de manera muy especial la interdisciplina, pero un historiador tiene como meta principal de su propio oficio, la reflexión. El historiador es un humanista, no un productor y reproductor de datos, cifras y anécdotas. El verdadero historiador es el que cuestiona y pregunta, el que critica y analiza, el que acude a las exposiciones de pintura, el que se introduce plenamente en la literatura y el que, como Gastón, acudía todos los domingos a escuchar la orquesta Filarmónica de la UNAM, ese intelectual que nunca olvida su pertenencia al género humano.

Algunos de los libros de Gastón García Cantú fueron producto de materiales periodísticos y de asombrosos discursos, lo que significa que en todo lo que escribió,



Guadalupe Rosas

miles y miles de cuartillas realmente, nada dejaba a la improvisación. Destacaba el minucioso trabajo de reflexión, la hondura y desde luego los conocimientos que lo distanciaban del material de coyuntura que con frecuencia es el periodismo. Cada artículo, cada discurso era un gran ensayo riguroso con nuevos elementos. Sus críticas al poder estaban dirigidas, como en otros casos, digamos en el de Daniel Cosío Villegas, a dar un golpe contundente, que no admitía respuesta a menos que fuera igualmente argumentada y redactada desde la inteligencia y la cultura. Era, pues, demoledor y decisivo. No admitía medias tintas y ello en efecto producía muchos lectores favorables y también adversos. Pero aún aceptando que era contundente y a veces intransigente, lo fundamental para él y sus muchos lectores era la defensa de la República. Su nacionalismo acendrado parecía, en nuestro tiempo, pasado de moda, decimonónico, trasnochado, cuando justamente era el tipo de ideología que se requería para no equivocarse el rumbo mexicano. Ahora podemos percatarnos de la magnitud de la pérdida, su ausencia nos deja huérfanos, su voz era parte de una conciencia que poco a poco va desapareciendo, de una noción de patria que tuvieron Hidalgo, Allende y Guerrero, que más adelante sostuvieron con arrojo los liberales con Juárez a la cabeza y que durante la Revolución mantuvieron vivos a hombres como Madero, Villa, Zapata y Carranza.

Gastón García Cantú perteneció a la estirpe de los grandes pensadores mexicanos, fue en la historia y el periodismo lo que Alfonso Reyes fue en la literatura o Jesús Reyes Heróles en la política, un hombre dedicado por entero a la reflexión amorosa y delicada de pensar en su patria, en México y lo hizo con plena honestidad y decencia, dignidad e inteligencia. Todavía no acabamos de aquilatar su obra, pero adquirirá más grandeza sin importar el rumbo que el país tome. Su tarea como comentarista político es una parte dolorosa y lo convierte en un terrible crítico del poder, al que ve envilecido y sin la grandeza de otros tiempos. Sus análisis con fre-

cuencia consideraban como referencia a Maquiavelo, a quien veía como punto de partida de la política moderna. Sin embargo, a través del método utilizado por Gastón, pasaban los aires de Marx y de Collingwood, un historiador y filósofo inglés, hoy un tanto olvidado.

La obra sumada de Gastón García Cantú es impresionante, su trascendencia es grandiosa. Su estudio y análisis van más allá de lo imaginable. Baste señalar que *El socialismo en México, siglo XIX* (1969, premio Mazatlán) es un trabajo de envergadura, nadie había tocado el tema, un tema perdido, que ni siquiera pareció preocuparles a los fundadores del Partido Comunista en 1919, quienes arrancan su formación partidista sin considerar esa historia apenas conocida. Gracias a esta obra fundamental ahora sabemos cómo llegaron a México las primeras ideas al respecto, cómo ingresaron al bagaje de políticos avanzados las ideas de Marx, Engels, Saint-Simon, Proudhon, entre tantos pensadores progresistas. Gastón rescató las luchas de hombres y mujeres que dieron su vida por la causa del socialismo en México.

Las invasiones norteamericanas en México (1971) es un recuento minucioso y magistral, no sólo está allí el escritor antiimperialista, está de nueva cuenta el hombre preocupado por el presente y el futuro de México, nuestro país no puede ni debe ser una colonia del imperio. Este libro es fundamental porque las historias de Estados Unidos y México han corrido paralelas y porque la expansión norteamericana se hizo básicamente a costa de México. Desde sus orígenes, el Destino Manifiesto tenía la certeza de que para conseguir el éxito era necesario no tener frontera con un país poderoso diametralmente distinto a Estados Unidos, por ello había que debilitarlo y lo consiguió. Lo sabían quienes propiciaron la invasión de Texas y quienes lograron arrancarle la mitad del territorio a la naciente nación. El mérito de Gastón es mucho, la parte medular es revisar las relaciones complejas y violentas que se han dado entre ambos países.

¿Cómo veía el historiador a su patria? En el prólogo al formidable libro *El pensamiento de la reacción mexicana (1810-1962)*, el propio autor explica:

“En 154 años, los mexicanos combatimos once años por nuestra independencia de España; 35 años por establecer las instituciones republicanas; asedios de Europa; la segregación de un vasto territorio, el de Texas; una guerra de conquista, cuyo resultado fue que nos arrebataron más de la mitad de nuestro territorio; tres años de lucha civil por hacer respetar una Constitución liberal; cuatro años de intervención de Francia; dos dictaduras durante 34 años: casi tres años, en dos periodos, de Santa Anna, 31 años de Porfirio Díaz y más de 100 invasiones armadas, despojos y agravios de los Estados Unidos.

“En 154 años hemos tenido 15 instrumentos constitucionales y nos han gobernado una regencia, una junta provisional, un imperio, el de Iturbide –el de Maximiliano jamás lo fue, como tampoco la regencia de arzobispos y generales que le antecedió, porque Juárez era Presidente de la República–, un supremo poder conservador y 56 presidentes.”

Es decir, Gastón García Cantú observaba un país mil veces golpeado y saqueado, siempre víctima, nunca victimario, mucho más si retrocedemos a la Conquista brutal que España hace de estas tierras. Su tarea como historiador mexicano era, en suma, obligarnos a ver esta desgarradora historia para construir un futuro mucho más digno, donde reinaran los valores más evidentes de los ancestros, aquellos que habían dado la vida para edificar lo que antes solíamos llamar patria.

Gastón vio a la historia siempre bajo el manto político y por ello tenía una definición precisa, una idea de patria, una concepción profundamente nacionalista, que aparece en “Memorias de Cuauhtémoc”: “Nuestra herencia política es herencia conquistada en cada problema, frente a cada desafío interno o externo, sin olvidar, por-



Oswaldo Sagástegui

que no podríamos olvidarlo, que la división provocada, que se vuelve irreconciliable, antecede siempre el paso de los invasores. Lo único que pudo conquistarse en el siglo XIX fue territorio; ni hombres ni su cultura. Tenemos hombres y más cultura, hoy más que ayer. Más derechos, más vías para acrecentar nuestra democracia, mayores medios a pesar de ser pueblo pobre. Nuestra unión parte de una evidencia histórica: ninguna facción contra la patria; ningún partido contra los intereses nacionales; ninguna empresa contra México. Es lo fundamental. Discrepemos en lo secundario. Esto constituye el proceso dialéctico de nuestra política, pero lo primero es y debe ser la patria. De acuerdo con Lord Acton, ...la ciencia de la política es la única ciencia que la corriente de la historia va depositando como granos de oro en las arenas del río. El conocimiento del pasado, las verdades reveladas por la experiencia, es eminentemente práctico como instrumento de acción y poder para la humanidad futura. Cuauhtémoc, como símbolo de nuestro rechazo de toda conquista extranjera; Juárez, guía de nuestra autodeterminación; de Carranza, la lección de no ceder ni conceder lo que es de la nación y sólo de ella; de Cárdenas, el ejemplo de la decisión de forjar un nuevo destino; el pueblo mexicano como con-

sejero. Guías, pueblo y gobierno, para fortalecer nuestra independencia, ahora y siempre.”

Temas mexicanos reúne varios de los asuntos que apasionaron a Gastón García Cantú. El México prehispánico, “Prólogo en Teotihuacan” y “Memoria de Cuauhtémoc”. Los relativos a la soberanía: “La revolución de Independencia” y El Mediterráneo Americano”. Aquellos que tratan la identidad nacional: “Las manos invisibles”, El artículo 27, expresión de las luchas campesinas,” “Los apuntes de Lázaro Cárdenas”. Los que se acercan a la literatura que lo inició y que nos recuerdan a su maestro Alfonso Reyes: “La ciudad en una almendra” y los definitivamente literarios como “Neruda en México”, “El signo silencioso” y “Gogol, desde aquí”. Todo esto reunido nos da una idea clara del trabajo histórico, crítico y literario de Gastón, el rigor y la belleza de la prosa de sus materiales. El historiador parte de un supuesto, aún no tenemos total claridad acerca del mundo prehispánico, todavía no hemos sido capaces de valorar su grandeza. Por ejemplo, su religión era tan importante como la católica. Para Gastón García Cantú el mestizaje nuestro es peculiar y básico: “Somos pueblo mestizo por la batalla histórica de la cual hemos surgido: Rechazo de la opresión venida de afuera y conquista creadora de la cultura universal. De Cuauhtémoc, la lección de lucha contra el mito; de Cortés, el idioma y la enseñanza política de que México sólo puede ser aniquilado por divisiones internas.” Esta idea ha de manejarla no sólo en su trabajo “Memoria de Cuauhtémoc”, sino en otros trabajos suyos: escribió, por ejemplo: “Nadie, con las mayores armas de su tiempo, pudo borrar el nombre de México. Ninguno podrá hacerlo. Mientras exista un solo mexicano, nuestro espíritu permanecerá en esta tierra.” El orgulloso concepto, que viene del antiguo imperio azteca, en Gastón se desarrolló con la convulsa historia nacional, donde guerras, invasiones y destrucción no lograron más que consolidarnos como país.

Gastón García Cantú observó detenida y cuidadosamente la historia de Estados Unidos, vio en esta nación su atroz voracidad, cómo gradualmente prosperaba. El “México en el ‘Mediterráneo americano’” es una brillante síntesis de ese conocimiento y la forma en que el imperio se extendió con rapidez: de trece colonias pequeñas en la costa atlántica hasta el Pacífico y luego hacia el Sur a expensas de España, Francia y, sobre todo, de México. Es una suerte de síntesis de su magnífico libro Las invasiones norteamericanas que vale la pena leer, para entender las desigualdades entre ambos países, el suyo y el nuestro. Ante nuestra total indefensión, los norteamericanos arrojaron su brutal expansionismo y su absoluto convencimiento de ser un pueblo elegido por Dios para gobernar al mundo, mismo pretexto usado para las invasiones de los últimos años del siglo xx y los primeros del xxi a Irak y Afganistán.

De los ensayos sobre la identidad nacional, el relacionado con los apuntes del general Lázaro Cárdenas es una sorprendente visión de un periodo, de una lucha y de un hombre admirable que como pocos supo leer el mapa político nacional e internacional. Así como Gastón García Cantú había visto en el espiritismo de Madero un valor para la democracia, ahora encuentra en tales apuntes la pasión de un mexicano por modificar el rostro atrasado de su país. Es probable que acaso ningún otro historiador haya podido descifrar el valor político y sentimental de la escritura del general Cárdenas como lo hizo Gastón en pocos párrafos.

“La ciudad en una almendra”, es la Puebla de Gastón. El lugar donde nació y el sitio al que regresó sólo a morir. El eje de esa ciudad son dos referencias notables: un punto y una fecha: el lugar los fuertes de Loreto y Guadalupe, la fecha el 5 de mayo de 1862 y el levantamiento del 20 de noviembre de 1910 que llevarían a cabo Aquiles Serdán, amigos y familiares revolucionarios.

rios que acaban de leer una frase apasionada de Madero: “Probemos que todavía hay hombres en México...”

La parte final de la obra, es la literaria. Esta antología cierra el círculo y paga sus deudas con las letras universales, Pablo Neruda, Antonio Machado y Nicolás Gogol: tres grandes hombres de letras, pero asimismo de andares políticos. Gastón muestra su perspicacia para analizar obras literarias y vidas azarosas. Su aprecio y respeto por la República española, su admiración por los hombres y mujeres que la hicieron posible es inmensa. Una y otra vez la estudia, cita y extrae conclusiones. Sabe el autor que la condición humana es más visible en las letras y aún más si la política y las luchas sociales la rozaron. Esta interesante selección de ensayos –como todos sus trabajos, escritos en brillante estilo literario– de Gastón García Cantú es una muestra de su poderío intelectual, de su sabiduría y de su profunda cultura.

Luego de muerto Gastón García Cantú se han alzado voces rencorosas y vengativas tratando de probar lo imposible: que la historia la hacen los sobrevivientes. En este caso es inútil porque Gastón no tuvo debilidades ni errores, tuvo apasionamientos y caminó por donde su inteligencia y su carácter fuerte le ordenaron. No era Dios y tampoco lo son aquellos que lo juzgan ya muerto, son, en todo, caso, cobardes y mediocres, incapaces de escribir una obra de envergadura. Los libros y ensayos de Gastón, sus artículos y conferencias, sus críticas literarias y sus discursos (como aquel memorable que le dedicara a Rubén Bonifaz Nuño cuando éste obtuvo el premio Alfonso Reyes), lo ponen a salvo de pequeños intrigantes, de enanos que, aprovechando su desaparición física, con plena bajeza tratan de enfangar su obra y vida. Gastón García Cantú, su trabajo ejemplar, su actitud digna y su amor entrañable por México, los sobre-vivirán.

ravilesf@prodigy.net.mx

*Prólogo para el libro Temas mexicanos de Gastón García Cantú, editado por el Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano.

ORQUESTA DEL TEATRO DE BELLAS ARTES
PALACIO DE BELLAS ARTES
70 ANIVERSARIO 1934-2004

Orquesta del Teatro de Bellas Artes
Enrique Patrón de Rueda
Director huésped, conmemorando el
XXV aniversario
de su trayectoria artística

**Historia de amor
de una bailarina
sagrada hindú**

La Bayadera

Mayo 2004
Domingos 9, 16 y 23, 17:00 hrs.
Martes 11 y jueves 13, 20:00 hrs.

COMPAÑÍA NACIONAL DE DANZA
Director: Dariusz Blajer

Palacio de Bellas Artes
Av. Juárez y Eje Central

CONACULTA • INBA
Informes: 5282 1964 / Lada: 01 800 904 4000 infoinba@inba.gob.mx / www.cnca.gob.mx